

—Ahora, dijo á Conrado y á Rosita, ya podéis sentaros en los bancos de la barca como si estuvieseis en los del paseo del domingo: antes que tengan tiempo de sacar la tercer flecha de su aljaba ya estaremos fuera de tiro. Solamente con una ballesta se podría hacer llegar hasta aquí... ¡Mirad si me engañaba!

En efecto, la tercera descarga cayó en el surco que dejaba la barca. Los fugitivos estaban ya á salvo de la cólera de los hombres, y ya no tenían que temer mas que la de Dios; pero el desconocido parecía tan aguerrido contra la primera como contra la segunda.

Una media hora despues de haber saltado en la barca Conrado y su muger desembarcaban en la opuesta orilla. Napft á quien habian olvidado los habia seguido á nado.

Antes de separarse del extranjero pensó Conrado de cuanta utilidad podia ser aquel hombre en la conjuración de que él hacia parte; comenzó, pues, por contarle lo que se habia resuelto en el Grutli; pero á la primera palabra le detuvo el extranjero.

—Me habeis llamado en vuestro socorro, y he acudido como hubiera querido que hubiesen acudido al mio, si me hubiese hallado en igual posicion á la vuestra, no me pidais nada mas, porque no lo haré.

—Pero á lo menos, exclamó Rosita, decidnos cual es vuestro nombre: que podamos llevarlo en nuestro corazon al lado del de nuestros padres y de nuestras madres, porque como á ellos os debemos la vida.

—Si, si, vuestro nombre, dijo Conrado, no teneis motivo alguno para ocultárnoslo.

—No, sin duda, respondió sencillamente el forastero, amarrando su barca á la orilla del lago. Yo he nacido en Burglen, soy cobrador del Fraumunster de Zurich, y me llamo Guillermo Tell.

Al decir estas palabras saludó á los dos esposos y tomó el camino de Flulen.

GUILLERMO TELL.

Al dia siguiente al en que pasaron estos sucesos anunciaron al bailio Herman Guessler de Brounig un mensajero del caballero Beringuer de Landenberg. Dió órden de que le hiciesen entrar.

El mensajero contó la aventura de Mechtal, y la venganza de Landenberg.

Apenas habia acabado cuando anunciaron la llegada de un arquero del señor de Wolfranchiess.

El arquero contó la muerte de su amo y de qué manera se habia escapado el asesino,

gracias al socorro que le habia dado un hombre llamado Guillermo de Burglen, aldea situada bajo la jurisdicción de Guessler. El bailio prometió que se haria justicia de aquel hombre.

Acababa de empeñar su palabra cuando anunciaron á un soldado de la guarnición de Schwanau.

El soldado contó que el gobernador del castillo, habiendo atentado al honor de una doncella de Art, habia sido sorprendido en la caza por los dos hermanos de la jóven, y muerto por ellos, refugiándose los asesinos despues en la montaña, donde se les habia inútilmente perseguido.

Levantóse entonces Guessler, y juró que si el jóven Mechtal que habia roto el brazo á un criado de Landenberg, ó Conrado de Baumgarten que habia muerto al señor de Wolfranchiess en el baño, ó los dos mancebos que habian asesinado al gobernador del castillo de Schwanau caian en sus manos, serian castigados con la pena de muerte. Con esta respuesta iban á retirarse los mensajeros, pero Guessler les invitó á que le acompañasen antes á la plaza pública de Altprf.

Llegado allí, mandó plantar un mástil en el suelo, y sobre aquel mástil colocó su sombrero, cuyo fondo estaba rodeado con la corona ducal de Austria: despues hizo pregonar á son de trompeta, que cualquier noble, ciudadano ó villano que pasase por delante de aquella insignia del poder de los condes de Habsburgo, tuviese que descubrirse en señal de fé y homenaje; entonces despidió á los mensajeros, mandándoles que contasen lo que acababan de ver, invitando á los que les habian mandado á que hiciesen otro tanto en sus respectivas jurisdicciones: lo que añadia era el medio mejor para reconocer á los enemigos del Austria; en fin, colocó una guardia de doce arqueros en la plaza, mandándoles que prendiesen al primero que rehusase cumplir sus órdenes.

Tres dias despues fueron á prevenirle que habian arrestado á un hombre por haberse negado á descubrirse ante la corona de los duques de Austria.

Guessler montó á caballo al instante, y se fué á Altorf acompañado de sus guardias. El culpable estaba amarrado al mismo mástil en que se hallaba fijado el sombrero del gobernador, y á lo que podia juzgarse por su jubon de paño verde de Basilea, y por la pluma de águila que llevaba en el sombrero, era un cazador de la montaña. Llegado delante de él, mandó Guessler que le quitasen las cuerdas con que le tenian atado. Cumplida esta órden, el cazador que sabia bien que no estaba libre, dejó caer sus brazos y miró al gobernador con una indiferencia tan distante del miedo como de la arrogancia.

—¿Es verdad, le dijo Guessler, que te has negado á saludar ese sombrero?

Arnoldo de Mechtal.



—Sí, monseñor.
 —¿Y por qué?
 —Porque nuestros padres me han enseñado á no descubrirme mas que delante de Dios, de los ancianos y del emperador.
 —Pero esta corona representa el imperio
 —Os engañais, monseñor, esa corona es la de los condes de Habsburgo y de los duques de Austria. Ponedla en las plazas de Lucerna, y de Friburgo, de Zug, de Bienna, y del pais de Glaris, y no dudo que sus habitantes le rendirán el homenaje que exigis, pero nosotros que hemos recibido del emperador Rodolfo el privilegio de nombrar nuestros jueces, de gobernarlos por nuestras leyes, y de no depender mas que del imperio, debemos respetar todas las coronas, pero rendir homenaje solamente á la del emperador.
 —Pero al subir al trono romano el emperador Alberto no ha ratificado esas libertades concedidas por su padre.
 —Ha hecho mal, monseñor, y ved por qué Uri, Schwitz y Unterwalden han hecho alianza entre sí, y se han comprometido con juramento á defender mutuamente á todo trance sus personas, familias y bienes, y á auxiliarse unos á otros por los consejos y por las armas.
 —¿Y creés tú que cumplirán su juramento? dijo Guessler sonriéndose.
 —Lo creo, respondió tranquilamente el cazador.
 —¿Y que morirán antes que quebrantar su juramento?
 —Desde el primero hasta el último.
 —Será preciso verlo.
 —Mirad, monseñor, continuó el cazador, que tenga cuidado el emperador Alberto, no es afortunado en expediciones de este género. Se acordará del sitio de Berna, donde fué cogida su bandera imperial, y de Zurich, en donde no se atrevió á entrar á pesar de estar abiertas todas sus puertas; no obstante, con estas dos ciudades la cuestion no era por su libertad, sino por los limites de su territorio. Ya sé que vengó estas dos derrotas contra Glaris; pero Glaris era débil y fué sorprendida sin defensa, mientras que nosotros, y los demas confederados estamos prevenidos y armados.
 —¿Y dónde has tenido tú tiempo de aprender las leyes y la historia, si no eres mas que un simple cazador como puede verse por tu traje?
 —Sé nuestras leyes, porque es la primera cosa que nuestros padres nos enseñan á respetar y defender; y sé tambien la historia porque entiendo algo de letras, habiendo sido educado en el convento de Nuestra Señora de las Ermitas, por esto tengo el empleo de cobrador de las rentas del Fraumunster de Zurich. En cuanto á la caza no es mi oficio, sino mi diversion como la de todo hombre libre.
 —¿Y cómo te llamas?
 —Mi nombre de bautismo es Guillermo, y Tell el de mis ábuelos.

—¡Ah! respondió Guessler con alegría. ¿No eres tú el que has dado socorro á Conrado de Baumgarten y á su esposa en la última tempestad?
 —Yo dí paso en mi barca á un jóven y á una muger que huian perseguidos; pero no les he preguntado su nombre.
 —¿No eres tú tambien el que citan como el mejor cazador de toda la Helvecia?
 —A cincuenta pasos arrancaria una manzana puesta sobre la cabeza de su propio hijo, dijo una voz que salió de entre la muchedumbre.
 —¡Dios perdone esas palabras y al que las haya dicho! exclamó Guillermo, pero de seguro que no han salido de la boca de un padre.
 —¿Con que tienes hijos? dijo Guessler.
 —Cuatro. Tres niños y una niña: Dios ha bendecido mi casa.
 —¿Y á cuál quieres mas?
 —A todos los amo igualmente.
 —Pero por alguno tendrás mayor ternura.
 —Por el mas pequeño tal vez, porque es el mas débil y tiene mas necesidad de mí, teniendo apenas siete años.
 —¿Y cómo se llama?
 —Walter.
 Guessler se volvió hácia uno de los guardias que le habian seguido á caballo.—Corred á Burglen, le dijo, y traedme al niño Walter.
 —¿Y para qué, monseñor? preguntó Tell.
 Guessler hizo una seña y el guardia partió al galope.
 —Ya lo verás, dijo Guessler volviéndose hácia el grupo y hablando tranquilamente con los escuderos y guardias que le acompañaban. Guillermo se quedó en pie en el mismo sitio en que estaba, con el sudor en la frente, los ojos fijos, y los puños cerrados.
 Al cabo de diez minutos volvió el guardia trayendo al niño sentado sobre el arzon de la silla: despues llegando junto á Guessler lo bajó á tierra.
 —Aquí está el pequeño Walter, dijo el guardia.
 —Está bien, respondió el gobernador.
 —¡Mi hijo! exclamó Guillermo. El niño se arrojó en sus brazos.
 —¿Me llamabas? padre, dijo el niño palmeando de alegría.
 —Y tu madre, ¿cómo te ha dejado venir? murmuró Guillermo.
 —No estaba en casa: no habia allí mas que mis hermanos y yo. ¡Oh qué envidia van á tenerme! Han dicho que tú me quieres á mí mas que á ellos.
 Guillermo exhaló un suspiro y estrechó á su hijo contra su corazón.
 Guessler miraba aquella escena con los ojos brillantes de gozo y de ferocidad; despues, cuando se hubieron acariciado bien padre é hijo dijo señalando á una encina que habia en el otro extremo de la plaza.
 —Atad á ese niño á ese árbol.

—¿Para qué? gritó Guillermo estrechándole en sus brazos.
 —Para probarte qué hay entre mis guardias arqueros que sin tener tu reputacion, saben tambien dirigir una flecha.
 Guillermo abrió la boca como sino comprendiese, aunque la palidez de su cara y las gotas de sudor que corrian por su frente anunciaban que lo habia comprendido.
 Guessler hizo una seña, y los soldados se acercaron á él.
 —¡Atar mi hijo para probar la destreza de tus soldados! ¡Oh! no lo intentes, gobernador, Dios no te dejaria hacerlo.
 —Eso es lo que veremos, dijo Guessler, y repitió la orden.
 Los ojos de Guillermo brillaron como los de un leon; miró en derredor de sí para ver si hallaba un paso para escapar, pero estaba rodeado por todas partes.
 —¿Qué quieren hacerme? padre, preguntó asustado el niño Walter.
 —¿Qué quieren hacerte, hijo mio? ¿qué quieren hacerte? ¡Oh! esos tigres con rostro humano, quieren degollarte.
 —¿Y por qué, padre? dijo el niño llorando: yo no he hecho mal á nadie.
 —¡Verdugos! ¡verdugos! ¡verdugos! gritó Guillermo rechinando los dientes.
 —Vamos, concluyamos, dijo Guessler.
 Los soldados se echaron sobre él, y le arrancaron su niño; Guillermo se arrojó á los pies del caballo de Guessler.
 —Monseñor, le dijo juntando sus manos en ademan suplicante: monseñor, yo soy el que os ha ofendido, á mí me debeis castigar, monseñor, castigadme, matadme; pero devolved ese niño á su madre.
 —Yo no quiero que te maten, gritaba el niño agitándose en los brazos de los arqueros.
 —Monseñor, continuó Guillermo, mi muger y mis hijos abandonarán la Helvecia y os dejarán su casa, tierras y ganados; se irán á mendigar de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de choza en choza, pero en nombre del cielo perdonad á mi hijo.
 —Hay un medio de salvarlo, Guillermo, dijo Guessler.
 —¿Cuál, exclamó Tell, levantándose y cruzando los brazos: ¿cuál es? decidlo, decidlo luego, y si lo que queréis exigir de mí está al alcance humano, lo haré.
 —No te exigiré nada que no te crea capaz de hacer.
 —Ya os escucho.
 —Hace poco que se ha dejado oír una voz de que eras tan diestro cazador, que á ciento cincuenta pasos de distancia quitarias una manzana de la cabeza de tu hijo sin causarle lesion alguna.
 —¡Oh! Maldita era esa voz. Yo creí que solo Dios y yo la habiamos oído.
 —¡Y bien! Guillermo, continuó Guessler, si consientes en darme esa prueba de destreza,

te perdono por haber contravenido á mis órdenes, no saludando á ese sombrero.
 —Imposible, monseñor, imposible; seria tentar á Dios.
 —Entonces voy á probarte que tengo arqueros menos tímidos que tú:—Atad al niño.
 —Esperad, monseñor, esperad; aunque sea una cosa muy terrible, muy cruel, y muy infame, lo reflexionaré.
 —Cinco minutos te doy.
 —A lo menos durante ese tiempo volvedme á mi hijo.
 —Soldad al niño, dijo Guessler. El niño echó á correr hácia su padre.
 —¿Con que nos ha perdonado, padre? dijo el niño enjugándose los ojos con sus manecitas llorando y riendo á la vez.
 —¿Cómo perdonado? ¿Sabes tú lo que quieren? ¡Oh Dios mio! ¿cómo es posible que en la cabeza de un hombre quepa semejante pensamiento! Quieren.... ¡pero no, no lo quieren! es imposible que quieran semejante cosa. Quieren, pobre niño, que á ciento y cincuenta pasos yo quite una manzana de tu cabeza con una flecha.
 —¿Y por qué no quieres tú eso, padre? respondió el niño sencillamente.
 —¿Por qué? ¿y si no diese en la manzana, y si la flecha te tocase á tí?.....
 —¡Oh! tú sabes bien que no hay peligro de eso, respondió el niño sonriendo.
 —¡Guillermo! gritó Guessler.
 —Aguardaos, monseñor, aguardaos, aun no han pasado los cinco minutos.
 —Te equivocas: el tiempo ha pasado. Guillermo, decidete.
 El niño hizo un gesto animando á su padre.
 —Bien, murmuró Guillermo á media voz... ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!
 —Volved á coger el niño, dijo Guessler á los soldados.
 —Ya quiere mi padre, dijo el niño; y arrancándose de los brazos de Guillermo, echó él mismo á correr hácia el árbol.
 Guillermo se quedó anonadado con los brazos caidos y la cabeza sobre el pecho.
 —Dadle un arco y flechas, dijo Guessler.
 —Yo no soy arquero, respondió Guillermo saliendo de su estupor; yo no soy arquero, sino ballestero.
 —Es verdad, es verdad, gritó la muchedumbre.
 Guessler se volvió entonces á los soldados que habian arrestado á Guillermo, como para interrogarlos.
 —Sí, si, dijeron ellos, traia ballesta y flechas.
 —¿Y qué han hecho de ellas?
 —Se las hemos quitado cuando se le ha desarmado.
 —Que se le devuelvan, dijo Guessler. Fueron á buscarlas y las entregaron á Guillermo.
 —Ahora una manzana, dijo Guessler.—

trayéndole una cestita llena de ellas: Guessler escogió una.

—¡Oh! ¡esa no! gritó Guillermo, esa no: á la distancia de ciento cincuenta pasos apenas podría verla. Verdaderamente no teneis compasion en escogerla tan pequeña.

Dejóla caer Guessler, y tomó otra que era una tercera parte mas gorda.

—Vamos, Guillermo, voy á darte gusto, le dijo el gobernador, ¿qué me dices de esta?

Guillermo la tomó, la miró, y suspirando se la devolvió.

—Vamos, ya estamos convenidos; ahora midamos la distancia.

—¡Un instante! ¡un instante! dijo Guillermo. Una distancia leal, monseñor, pasos de dos pies y medio nada mas. Esta es la medida en los tiros y desafíos, ¿no es verdad, señores arqueros?

—Se hará como deseas, Guillermo. Se midió la distancia contando ciento cincuenta pasos de dos pies y medio.

Guillermo siguió al que calculaba el espacio, midió él mismo tres veces la distancia; despues, viendo que se habia hecho lealmente, volvió al sitio donde tenia la ballesta y sus dardos.—Una flecha sola, gritó Guessler.

—Dejádmela escoger al menos, dijo Guillermo: no es cosa de poca importancia la eleccion de la flecha: ¿no es esto, señores arqueros? Flechas hay que se desvian del camino, ya por que el hierro es muy pesado, ya por que la madera tiene algun nudo, ya por que han sido mal emplumadas.

—Es verdad, dijeron los arqueros.

—Pues bien, escogedla, repuso Guessler; pero una sola, ¿lo entiendes?

—Si, si, murmuró Guillermo, ocultándose otra en el seno, si, si, una sola: está dicho.

Guillermo examinó todas aquellas flechas con la mas escrupulosa atencion, tomólas y las dejó unas despues de otras, probólas en la ballesta para ver si entraban bien en el encaje, púsolas en equilibrio sobre un dedo, para ver si el hierro pesaba mas de un lado, lo que hubiera hecho bajar la punteria. En fin, encontró una que reunia todas las cualidades necesarias, pero aun despues de haberla encontrado, continuó aun largo tiempo haciendo que buscaba entre las que habian quedado, pero solo para ganar mas tiempo.

—¿Y bien? dijo Guessler con impaciencia.

—Ya estoy listo, monseñor, dijo Guillermo: voy á encomendarme á Dios.

—¿Eso tambien?

—Ya que no he podido obtener piedad en los hombres, á lo menos pido misericordia á Dios. Esto es una cosa que no se niega ni al reo sobre el cadalso.

—Reza.

Guillermo se puso de rodillas, y pareció absorto en su oracion.

Entretanto ataban al niño al árbol: quisieron vendarle los ojos, pero él lo rehusó.

—¡Y eso! ¡y eso! dijo Guillermo interrumpiendo sus rezos ¿no le vendais los ojos?

—Pide veros, gritaron los arqueros.

—Y yo no quiero que me vea, exclamó Guillermo, yo no quiero ¿lo ois? sin eso no hay nada de lo dicho, ni de lo convenido, hará algun movimiento al ver llegar la flecha, y yo mataría á mi hijo. Walter, déjate vendar los ojos, te lo pido de rodillas.

—Que me los venden, respondió el niño.

—Gracias, dijo Guillermo, enjugándose el sudor de su frente y mirando en su derredor como enagenado, gracias, eres un excelente muchacho.

—Vamos, animo, padre, le gritó Walter.

—Si, si, respondió Guillermo poniendo una rodilla en tierra y armando la ballesta. Monseñor, dijo despues volviéndose á Guessler, aun es tiempo, evitadme un crimen y á vos un remordimiento. Decid que todo esto era para castigarme, para probarme, y que ahora que veis lo que he sufrido, me perdonais ¿No es así, monseñor? ¿No es verdad que me concedis vuestra gracia? continuó arrastrándose sobre sus rodillas. En nombre del cielo, en nombre de la Virgen Maria, en nombre de los santos, ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, date prisa, respondió Guessler y teme cansar mi paciencia. ¿No estamos ya convenidos? Vamos, cazador, demuestra tu habilidad.

—¡Dios mio! tened, piedad de mí, murmuró Guillermo levantando los ojos al cielo. Entonces cogiendo su ballesta colocó la flecha, apoyó la culata sobre el hombro, levantó lentamente la punta, despues poniéndola á la altura que quiso, aquel mismo hombre que poco antes temblaba como la hoja agitada por el viento, se quedó inmóvil como un arquero de mármol. No se oia ni un soplo, las respiraciones se habian suspendido y todos los ojos estaban fijos. Salió el tiro, resonó un grito de alegría; la manzana estaba clavada en la encina y el niño sin lesion alguna. Guillermo quiso levantarse, pero vaciló, dejó caer la ballesta y volvió á caer en el suelo desmayado.

Cuando Guillermo volvió en si estaba en los brazos de su hijo. Cuando le hubo besado mil veces, volviósse al gobernador y encontró sus ojos chispeando de cólera.

—¿He hecho lo que me habeis mandado, monseñor? le dijo.

—Si, respondió Guessler, eres un valiente arquero. Así perdono como he prometido tu falta de respeto á mis órdenes.

—Y yo, monseñor, os perdono mis angustias de padre.

—Pero tenemos otra cuenta que arreglar juntos. Tú has dado socorro á Conrado de Baumgarten, que es homicida y asesino, y tú debes ser castigado como cómplice suyo.

Guillermo miró en derredor de sí cual un hombre que se vuelve loco.

—Arqueros, conducid á este hombre á la

cárcel, pues para castigar el asesinato y la alta traicion se necesita un proceso en forma.

—¡Oh! debe de haber una justicia en el cielo, dijo Guillermo; y se dejó tranquilamente llevar á un calabozo.

En cuanto al niño fué fielmente devuelto á su madre.

GUESSLER.

La noticia de todo lo que habia sucedido en este dia, divulgóse en seguida por los pueblos de las inmediaciones, y ocasionó una grande efervescencia. Guillermo era querido de todos, porque la mansedumbre de su genio, sus virtudes domésticas, y el interés que se tomaba en las desgracias y calamidades de los demas, le habian conquistado la estimacion y aprecio de pobres y ricos. Su extraordinaria habilidad escitaba una siniestra admiracion, por lo que le consideraban como un ser privilegiado. Así son los pueblos primitivos: precisados á alimentarse con el resultado de su destreza y á defenderse con su propia fuerza, estas dos circunstancias son las que hacen mas notable al hombre y las que le colocan en el rango de un semidios. Hércules, Teseo, Cástor y Polux no subieron por otra escalera para llegar al Olimpo.

Como á cosa de media noche dieron parte á Guessler de que si no se ponía remedio seria muy posible que estallase una rebelion. Guessler calculó que lo mejor para evitarlo seria sacar á Guillermo del canton de Uri y conducirlo á una fortaleza de los duques de Austria situada al pie del monte Righi entre Kussnach y Weggis. En su vista, juzgando que el viage seria mas seguro embarcándolo que llevándolo por tierra, mandó disponer una barca, y una hora antes de amanecer ordenó llevar á ella al prisionero. Este, el gobernador, seis guardias y tres marineros componian toda la tripulacion.

Cuando Guessler llegó á Fluchen, punto del embarque, encontró exactamente cumplidas sus órdenes. Guillermo atado de pies y manos fué arrojado á la cala del barco; á su lado y como cuerpo del delito se hallaba el arma terrible que como instrumento de su muchísima habilidad habia suscitado tantos temores en el corazón del gobernador. Los arqueros sentados en los bancos inferiores le custodiaban, dos marineros de pie junto al pequeño mástil estaban prontos á izar las velas y el piloto aguardaba en la orilla la llegada del bailio.

—¿Tendremos buen viento? preguntó Guessler.

—Hasta ahora es favorable.

—¿Y el cielo?

—Anuncia un dia magnífico.

—Marchemos pues, sin perder tiempo.

—Al momento.

Guessler se sentó en la popa del barco, el piloto se puso al timon, los marineros desplegaron la vela y el barco comenzó á deslizarse por el espejo del lago, ligero y gracioso como un cisne.

Mas á pesar de la calma del lago y del estrellado cielo, que no dejaban de ser felices presagios, veíase algo de siniestro en aquella barca que surcaba silenciosa como un espíritu sobre las aguas.

El gobernador se hallaba sumergido en sus pensamientos, los soldados respetaban su silenciosa meditacion, y los barqueros, obedeciendo á su pesar, ejecutaban tristemente las maniobras que mandaba el piloto. De pronto atravesó por el espacio una luz meteórica, y desprendiéndose del cielo, pareció ir á sumergirse en el lago. Los dos marineros se miraron mutuamente, y el del timon hizo la señal de la cruz.

—¿Qué es eso, piloto? preguntó Guessler.

—Nada, aun nada; pero hay algunos que creen que una estrella que cae del cielo es una advertencia que nos envia el alma de alguno de los muertos que hemos amado en vida.

—¿Y esa advertencia es de buen ó mal agüero?

—El cielo ordinariamente no nos presagia nada próspero, porque la felicidad siempre es bien acogida.

—Cómo, ¿seria esa estrella un signo funesto?

—Hay antiguos navegantes que creen que cuando sucede una cosa parecida al tiempo de embarcarse, vale mas no hacerlo, si es posible.

—Si, pero cuando es muy urgente continuar el camino....

—Entonces no hay mas sino fiarse en la tranquilidad de la conciencia y poner la vida en manos de Dios.

Siguió un profundo silencio á estas palabras y la barca siguió volando por el lago cual si tuviese las alas de un alcyon. Sin embargo, desde que se habia visto el meteoro, el piloto no dejaba de dirigir la vista alarmado hacia el Oriente, pues de allí debían llegar los mensajeros de malas nuevas. Al cabo de poco mostróse evidentemente; se verificó un cambio en la atmósfera: á medida que comenzaba á parecer el dia palidecian las estrellas del cielo, no en medio de una luz mas clara como ordinariamente sucede, sino cual si una mano invisible hubiese corrido sobre ellas un velo de vapores entre la tierra y el cielo. Momentos antes de la aurora, arreció el viento, el lago tomó un color ceniciento, y el agua sin que la agitate la mas leve brisa, comenzó á formar bombitas como si quisiese hervir.

—Arriad la vela, gritó el piloto.